



PARA los estudiosos de «Clarín» la aparición de nuevas cartas inéditas cuyas nunca deja de ser importante, pues a través de ellas podemos asomarnos a la intimidad de este hombre reservado cuya vida privada, sentimientos y opiniones personales —al contrario de su figura «pública», o sea, la del respetado escritor y crítico temido— constituyen un enigma. A los epistolarios publicados antes se añade ahora una colección de cartas, pertenecientes a las décadas de 1880 y 1890, titulada «Clarín» y sus editores: 65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta (1884-1893), publicada por Josette Blanchat y Jean-François Botrel (1).

Como hubiera podido esperarse de estos dos reputados investigadores, nos brindan aquí una cuidadosa transcripción de la abundante, aunque todavía incompleta, correspondencia, con sucinta y sugestiva intraducción, meticolosas notas, un índice diccionario y algunas ilustraciones. A diferencia de casi todos los otros epistolarios publicados hasta ahora, las cartas que integran éste van dirigidas, no a un amigo íntimo o a un colega, sino a dos sucesivos editores de «Clarín» con quienes mantenía el escritor una relación estrictamente profesional. Con ello salen a la luz aspectos de nuestro autor sólo vislumbrados antes, tales como su enorme interés por el dinero y por la literatura como negocio, su preocupación por lo tipográfico, su método de trabajo... A la vez corteses y exigentes, discretas y reveladoras, estas cartas, escritas más con vistas a lo práctico e inmediato que a la posteridad, contienen una riqueza de materiales para desarrollar —o complementar— diferentes aspectos biográficos o bibliográficos de nuestro autor. Creo que la mejor manera de subrayar su valor es servirme de ellas para aclarar algunos puntos de interés. Hasta el presente dos críticos las habían estudiado desde diversas perspectivas: Botrel mismo en su artículo «Clarín, el dinero y la literatura» (2), y Sergio Beser en su estudio «El lugar de *Sinfonía de dos novelas* en la narrativa de L. Alas» (3).

Habiendo comentado y editado yo recientemente la segunda y última novela de Alas, *Su único hijo* (4), me interesa puntualizar ahora ciertas circunstancias que concurrieron en la redacción de dicha novela y la relación de ésta con el malogrado proyecto de una trilogía a la que hubiera debido servir de «peristilo» (*Una medianía*, *Esperando* y *Juanito Reseco*) (5), así como la colocación que corres-

Carolyn
RICHMOND

Un nuevo epistolario de Clarín: La elaboración de «Su único hijo»

pondería en el conjunto al fragmento titulado «Sinfonía de dos novelas. 'Su único hijo.—Una medianía'» (6).

Este epistolario viene a documentar de un modo inequívoco varios detalles biográficos que asomaban esporádicamente en otras cartas publicadas antes, permitiéndonos ordenarlos en un cuadro cronológico basado en la producción editorial de Leopoldo Alas. Durante los nueve años de su asociación con los señores Fe y Fernández Lasanta —asociación que empieza justamente recién puesto a la venta el primer tomo de *La regenta*, publicado en Barcelona por Daniel Cortezo, y que acaba en una ruptura con Fernández Lasanta por razones económicas—, la editorial madrileña publicará nada menos que cuatro libros de crítica, tres colecciones de relatos, los ocho *Folletos literarios* y la novela *Su único hijo*. La correspondencia de «Clarín» con sus editores revela que esta abundancia creadora estuvo acompañada de enormes angustias e inquietudes que atestiguan el deterioro de su salud y sus crecientes cuitas monetarias: nos da el autorretrato de un hombre nervioso e hipersensible cuyas fuerzas se agotan. Bajo la actitud casi imperiosa que adopta en lo concerniente a la publicación de sus obras —sobre todo las de ficción—, aparece una honda inseguridad —diría yo, casi un temor— a la expectativa de la recepción pública que les espera. Detrás de esto se perciben los efectos que sobre su autor hubo de tener la equivocación, y a veces malévolamente acogida de *La regenta*, obra maestra que, con la fama, le trajo también dudas e incertidumbres acerca de sus capacidades de novelista. En los años que siguen a su publicación, «Clarín», el seguro y temido crítico, quiere a toda costa seguir escribiendo novelas, y, sin embargo, las condiciones de su vida parecen conspirar en contra suya: su cabeza, llena de ideas para futuras obras de ficción, parecería no poder librarse nunca de la maldición del éxito escandaloso de *La regenta*. Le sentimos confuso, y hasta perdido, en la plétora de proyectos novelescos —preocu-

pado, especialmente, por la posible aceptación de los lectores y, en relación con esto, por la rentabilidad de sus futuros escritos (así, por ejemplo, aunque escribe mucho, quiere evitar lo que considera un error comercial: la publicación en dos

nas, nace esta obra singular? La correspondencia sugiere una pluralidad de factores que van desde lo material (apremios económicos) hasta lo espiritual (el impulso creativo). En un momento dado, cuando parece haber decidido abandonar por lo pronto la novela de Antonio Reyes, *Una medianía*, que tiene entre manos, para concentrarse en la del padre de éste, la titulada *Su único hijo* (pues no quiere que ambas se unifiquen en una sola novela de los tomos), parecería obedecer al deseo de ajustarse a la secuencia cronológica, como sugiere Sergio Beser en su estudio del epistolario. No trazaré aquí la larga y compleja génesis de *Su único hijo*: lo ha hecho ya, y muy bien, el profesor Beser; más bien quisiera formular unas cuantas observaciones que me llevan a una conclusión en parte diferente de la suya.

Para empezar, la enumeración en las cartas de novelas proyectadas y nunca acabadas (algunas, probablemente ni empezadas siquiera), indica no sólo las difíciles condiciones en que trabajaba, sino también una cierta confusión de propósitos. «Clarín» da la impresión de andar a tientas, en una especie de silenciosa lucha interna, hasta que, por fin, acaba imponiéndosele la obra. Puede que Alas haya logrado concentrarse en *Su único hijo* hacia el verano de 1888; en todo caso le recuerda a Fernández Lasanta con fecha 19-IV-1889 el envío «hace meses», de cuarenta cuartillas de la novela, añadiendo que ahora le manda treinta más. Blanquat y Botrel, en la nota 58 de su edición, llaman la atención sobre la correspondencia que existe entre esas cuarenta cuartillas originales mandadas por «Clarín» y el primero de los cinco grandes bloques argumentales que yo señalo en la *Introducción* a mi edición de *Su único hijo*. En efecto, una cuidadosa lectura de las cartas revela la estrecha relación entre las entregas que iba haciendo «Clarín» y la estructura de la obra, formada por un primer bloque de *presentación* o fondo (capítulos I, II, III y hasta la mitad del IV); tres de *enredo* (el resto del IV hasta el VIII, IX-XI y XII-XIII); y un último bloque de *desenlace* (XIV-XVI), lo cual explicaría por razones circunstanciales las bruscas transiciones que el texto presenta



Leopoldo Alas, «Clarín»

tomos de otra novela). En el epistolario se nos revela, pues, un Leopoldo Alas fecundo y postergador, ambicioso y medroso, idealista y pragmático, quien, después de una intrincada serie de tentativas abortadas, logra por fin terminar la otra novela larga, *Su único hijo*, cuya demorada y compleja gestación, según se rastrea a lo largo de las cartas, refleja los múltiples conflictos y confusiones de su autor.

Sentimos bullir en ellas el proceso creador. ¿De qué necesidades, internas o exter-

(1) Travaux du Centre d'Etudes Hispaniques, Hispano-Américaines et Lusobréziliennes, XVI (Rennes: Université de Haute-Bretagne, 1981).

(2) *Los Cuadernos del Norte*, Año II, núm. 7 (mayo-junio 1981), págs. 78-82.

(3) En *Hispanic Studies in Honour of Frank Pierce* (Sheffield: University of Sheffield, 1980), págs. 17-30.

(4) Madrid: Espasa-Calpe, 1979.

(5) Véase mi estudio «A 'Peristyle' without a Roof: 'Clarín's' *Su único hijo* and its Unfinished Trilogy», en *Studies in Honor of Ruth Lee Kennedy* (Chapel

Hill, North Carolina: Estudios de Hispanófila, 1977), páginas 85-102; y «La malograda novela de Antonio Reyes», en la *Introducción* de mi edición de *Su único hijo*, págs. LIII-LIX.

(6) Reimpreso como Apéndice I de mi edición de *Su único hijo*, págs. 327-359.

(Viene de la página 5.)

entre esos distintos bloques narrativos. Según mis cálculos, ese segundo envío, un paquete de treinta cuartillas, junto con otra entrega de indefinida extensión recibida por la editorial antes del 8-XII-1889 (Carta 35), pudieran constituir el primer bloque del enredo. En los primeros meses de 1890 parece haber terminado hasta el capítulo XI —segundo bloque del enredo—, cuyas segundas pruebas devuelven en junio. El 11 de noviembre manda «treinta cuartillas más» de la novela, y el 26 de ese mes dice que «por las capillas y las últimas pruebas veo que lo enviado hace ya unas 300 páginas», lo cual indica que ha terminado el capítulo XIII (acabado con la página 310 de la edición original), es decir, que ha hecho el tercero —y último— bloque del enredo. Y, finalmente, en la primavera de 1891 redacta los tres capítulos del desenlace: el 15 de marzo dice que mandará «el último capítulo, que estoy terminando, antes de seis días» (¿capítulo XIV?); y en otra carta posterior y sin fecha escribe: «Ahí va el capítulo XV de la novela. El XVI y último lo tengo casi concluido, me faltarán cinco o seis cuartillas. Irá pasado mañana.» Para el 13 de junio sabemos que *Su único hijo* está a la venta.

El hecho de que la novela fuera escrita así, a empujones, —hecho que explicaría la diferencia entre los tirones de su argumento y la fluidez de *La regenta*, compuesta sin grandes interrupciones— atestigua la peculiar relación que, en Leopoldo Alas, existe entre las condiciones prácticas de su vida y su creación artística. Por efecto de esas condiciones nuestro autor no podía concentrarse en sus escritos novelísticos durante largos lapsos («no quiero escribir más que cuando esté para ello», dice, refiriéndose a *Su único hijo*, el 29-VII-1888), ni siquiera tiene una idea muy clara de la dirección que van a tomar dichos escritos. En su estudio «Clarín», el dinero y la literatura, Botrel, volviendo sobre la nota 85 del epistolario, propone una aproximación interesante entre la acción de la novela y la vida de su autor: en noviembre de 1890 —cuando ya ha escrito el tercer bloque de enredo— «Clarín», a escondidas de su mujer (y «tesorera»), le pide a Fernández Lasanta una cantidad de dinero para pagar una secreta deuda de billares, de lo cual puede verse un eco en los aprietos económicos del pobre Bonifacio Reyes en el capítulo V de la novela, donde, para los gastos que le ocasiona al personaje su querida, se atreve a pedir dinero al administrador de los bienes de su temible mujer. La coincidencia de circunstancias es elocuente, y uno se pregun-

UN NUEVO EPISTOLARIO DE «CLARÍN»: LA ELABORACION DE «SU UNICO HIJO»

por

Carolyn Richmond



«Clarín», por A. Pons

entre manos, de utilizar el fragmento ya escrito como una introducción a esta novela, lo cual transformaría la relación estructural entre ambos textos de la manera que considera Beser. Pero me parece a mí que el enlace inmediato del final de este fragmento con el comienzo de la novela sugiere todavía otra posible relación entre uno y otro escritos.

Hemos visto que, si bien la idea de *Su único hijo* remonta por lo menos al año 1885 (Carta 4), «Clarín» no parece haber empezado todavía a redactarlo cuando estaba ya escribiendo *Una mediana*. La conjetura de Beser es que en un primer estadio hubo dos novelas independientes y no relacionadas; luego, se integraron haciendo que el protagonista de *Su único hijo* pasara a ser el padre del de *Una mediana*; y, finalmente, en un tercer estadio «volvemos a las dos novelas, pero manteniendo entre ellas la relación de paternidad que une a los dos protagonistas». Esta teoría es plausible, sobre todo en lo que se refiere a la gestación interna de las obras, pero no hay ninguna prueba de que dicho desarrollo pasara a la fase de redacción. Creo que las indicaciones que hace «Clarín» en el epistolario acerca de *Sinfonía* y de las dos novelas pueden contribuir a aclarar el complejo problema, dejando entrever su proceso creativo.

Supongamos que, tras haber ideado aquella sentimental y familiar versión de *Su único hijo*, a la que se refiere en 1885, decide Alas fijar su atención —y su pluma— en *Una mediana*; y que los siete capítulos de *Sinfonía* constituyen el comienzo de esta malograda novela. Ahora bien: ¿no podría ser que, al acabar el último de estos capítulos con la evocación que hace Antonio de su niñez y de sus padres, hubiera optado el autor por abandonar de momento este relato (recuérdese que *Una mediana* le estaba costando «grandes aprietos») para empezar la novela de los padres de Antonio? Si tal fuera el caso, como yo pienso, la descripción de los penosos recuerdos de Antonio acerca de su madre, Emma Valcárcel, con que acaba el fragmento habría inducido a «Clarín» a suspender esta redacción de *Una mediana* para embarcarse en la novela de los progenitores, suscitando en su ánimo el comienzo de *Su único hijo*, que se abra, en efecto, con las palabras: «Emma Valcárcel fue una hija única mimada» y procede en seguida a una caracterización de esta terrible mujer. *Sinfonía* habría constituido el impulso creador para que Leopoldo Alas diera un salto atrás en la cronología de la trama y se pusiera a escribir la novela de los padres de Antonio.

En cierto momento, sin embargo, y a medida que iba avanzando en la acción de *Su único hijo*, Alas habría alterado su propósito acerca de *Una mediana*. Esto ocurriría hacia la época en que ofreció *Sinfonía*, como texto independiente, a *La España Moderna*, a la vez que le sugería a Fernández Lasanta la eventualidad de utilizar dicho texto como introducción a *Su único hijo*. Obviamente veía el escritor las ventajas artísticas de tal colocación. Cuando habla de publicar el fragmento por separado, ya está trabajando en el enredo de *Su único hijo*, y cabe notar que en el quinto capítulo de esta novela hay dos pasajes específicos en que el narrador se refiere a una época ulterior a los acontecimientos actuales, pasajes que vendrían a coincidir con el tiempo evocado por su hijo en el capítulo final de *Sinfonía* (7). Al tomar conciencia de tal conexión temporal, «Clarín», en mayo de 1890 —cuando ya ha escrito la mitad de la novela y ha corregido las pruebas hasta el capítulo X— pensaría que el fragmento fuera utilizado como introducción a *Su único hijo*.

Se da aquí la probabilidad de que el escritor decidiera publicar el fragmento de *Sinfonía* precisamente en aquel punto de la redacción de *Su único hijo* en que cambió de idea —una vez más— acerca de cómo iba a proceder con *Una mediana*. Es fácil que esta decisión, coincidente, al parecer, con la renuncia a usar los siete capítulos como comienzo de *Una mediana*, tuviera origen en una de esas vacilaciones suyas en los proyectos literarios de aquel periodo. Hemos visto cómo, al emprender la redacción del desenlace de *Su único hijo*, anuncia el autor que piensa terminar la novela «no con la muerte de Reyes padre, sino con la huida de Reyes de casa de su mujer llevándose el hijo». En este punto quiero ofrecer la siguiente conjetura: las evocaciones que Antonio, al final de *Sinfonía*, hace de un viaje que había realizado a los cinco años en otro coche parecido «entre las rodillas de un señor delgado, que era su padre, su padre que le oprimía dulcemente el cuerpecito menudo con los huesos de sus piernas flacas y nerviosas» constituyen un residuo de aquella proyectada huida. Si tal fuese en efecto el caso, tendríamos una buena explicación artística, superior a la de tipo económico que se desprende del epistolario, del por qué no llegó a publicarse *Sinfonía* como introducción a *Su único hijo*; pues, al cambiar el final de la novela —prescindiendo de la huida que quedó sustituida por el dramático encuentro de Bonis con Serafina—, no tendría función ya la escena de la berlina como enlace temático.

(7) Véase «El tratamiento del tiempo», en la Introducción de mi edición de *Su único hijo*, págs. XXXV-XLI.

BIBLIOTECA DE HISTORIA HISPANICA

ESTUDIOS SOCIALES

Núm. 2. ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Historia de la Previsión Social en España. Cofradías. Gremios. Hermandades. Montepíos.* 1981. VI + 709 págs. Guaflex, 3.500 ptas. ISBN: 84-7370-052-X.

Publicada en 1944 y agotada rápidamente, la *Historia de la Previsión Social en España* del profesor Antonio Rumeu de Armas, catedrático de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, conserva al cabo de los años su plena validez. Ofrece un panorama completo del mutualismo en España, desde los más remotos tiempos hasta principios del siglo XIX. Junto al mutualismo, que tiene «una esfera de acción y un desarrollo extraordinario y asombroso», se estudia también la asistencia social, «reducida a pura fórmula teórica, o a algún ensayo singular, aunque de trascendencia e importancia desusadas».

Partiendo de las asociaciones y de los sistemas de previsión romanos y de los «collegia» hispanovisigodos, se llega al siglo XII, época en que hace su aparición la Cofradía como producto de un espíritu de fraternidad religiosa.

La Baja Edad Media se caracteriza por el desarrollo extraordinario de la organización gremial, que el autor estudia minuciosamente en las diferentes regiones españolas. Por lo que se refiere a esta época, la construcción se basa fundamentalmente en las instituciones catalanas, que adquieren una gran expansión, frente a las castellanas, que tienen que vivir en la clandestinidad por las continuas persecuciones reales.

En la Edad Moderna, la agremiación y la asociación en general experimentan un proceso de gran crecimiento, sobre todo en Castilla.

El siglo XVIII presencia la decadencia de los Gremios y el desarrollo portentoso de la Hermandad de Socorro, que lleva sus auxilios a un elevado porcentaje de población obrera (el 80 por 100 en Madrid). Esta institución evoluciona hacia el Montepío-Hermandad. En las primeras décadas del siglo XIX, se consuma la muerte de las instituciones de previsión social, por las causas que el profesor Rumeu indica en el epílogo de la obra.

La presente monografía supone una espléndida aportación a los estudios de historia social española y también un pilar básico para la elaboración de una historia del trabajo en España, que tanta falta está haciendo a los estudiosos.

Pídalos a su librero o a:

Ediciones «EL ALBIR», S. A.

Angeles, 8 - Teléf. 318 85 29

BARCELONA-1 (ESPAÑA)

ta qué otras podrían darse entre las experiencias vitales de Leopoldo Alas y las del protagonista de su novela, con quien el autor se identifica sin perjuicio de burlarse de él.

Los frecuentes cambios de idea que registran las cartas respecto a *Su único hijo* y otros escritos conectados con esta novela sugieren una confusión o indecisión en el autor, o bien podrían verse como resultado de una cierta flexibilidad o pragmatismo. En dichos cambios, puntualmente reseñados por Sergio Beser, vemos cómo a lo largo de los años «Clarín» va modificando su enfoque —y hasta su concepción general— del proyecto novelesco. En la nota 73 del epistolario leemos el siguiente comentario de Botrel y Blanquet: «Clarín» no domina, no dirige su creación, mejor dicho se deja dominar y poseer por ella, voluntariamente, y en el fondo puede ser esto lo que está detrás de las alteraciones documentadas por las cartas. Lo cierto es que, en su versión definitiva, *Su único hijo* difiere bastante del primer plan dado por Alas el 20-IV-1885: «no será nada verde, o casi nada, y en cambio sentimental de buena manera y muy propia para derramar lágrimas dulces alrededor de la chimenea de familia.» En su carta del 26-XI-1890 (habiendo terminado ya el enredo) parece haber cambiado de idea acerca del final de la novela en curso: «voy a terminar *Su único hijo* pronto, no con la muerte de Reyes padre, sino con la huida de Reyes de casa de su mujer llevándose el hijo» —final que tampoco corresponde al que en último término dio a la obra. (Reténgase este proyectado final.)

Dentro de este cuadro general de vacilaciones (tarda mucho en decidir si debe seguir con *Una mediana*, y escribir *Esperando* y otras novelas, o si dejará todo para concentrarse en *Su único hijo*) y de las consiguientes alteraciones, surge el problema del mencionado escrito, *Sinfonía de dos novelas*, y de su relación con *Su único hijo* y con *Una mediana*. Basándose en el epistolario, opina Beser que si este texto, publicado por Alas en *La España Moderna* en agosto de 1889 —o sea, cuando ya había escrito los tres primeros capítulos y medio de presentación de la novela y estaba redactando el primer bloque del enredo, o quizá había terminado ya este último bloque—, se colocara al

principio de *Su único hijo* (posibilidad que, en más de una carta, indica el propio «Clarín»), hubiera transformado la lectura de esta novela, cualquiera fuese su desenlace final, dado que el lector partiría «del conocimiento de una información previa que condicionaba toda su lectura». Esto tiene su punto de verdad; sin embargo, pienso que todavía puede enfocarse el asunto desde otro ángulo.

En una carta fechada el 5-VIII-1889 anuncia «Clarín» la próxima publicación en *La España Moderna* de esta «introducción sinfónica, en efecto, sobre motivos de *Su único hijo* y de *Una mediana*, independiente de ambas novelas, pero sobre asunto de ambas», declarando que aunque antes había pensado dejarla como introducción a ésta, ahora ha cambiado de propósito y quiere que vaya al principio de aquella. No debe sorprendernos, dentro de las indecisiones que revela el epistolario, la facilidad con que el autor altera la posición de un escrito. Como, según las cartas, «Clarín» había estado escribiendo *Una mediana* antes de empezar la redacción de *Su único hijo* —el 6 de agosto de 1887, por ejemplo, dice que *Una mediana* le está «costando grandes aprietos... Por la abundancia de asunto» y que aunque él desea que se limite a sólo un tomo, «el asunto quiere pedir dos»—, no sólo me parece bastante probable la hipótesis de Beser cuando dice que *Sinfonía* «seguramente era una versión de un texto anterior, tal vez escrito cuando confesaba estar trabajando en la redacción de *Una mediana*», sino probable que, por lo menos allá en 1887, los siete capítulos que componen *Sinfonía* fueran, en efecto, el comienzo de *Una mediana*, y que la idea de convertirlos primero en una introducción a esta novela, y luego a *Su único hijo*, se le ocurriera a posteriori, cuando está ya redactando esta última. Beser estudia el fragmento como hipotética introducción a *Su único hijo*, pero también podríamos invertir el orden de los textos.

Sinfonía acaba con una escena en que Antonio Reyes, viajando en una berlina, recuerda primero a su padre, luego su infancia, y, finalmente, a su madre, lo cual, según Beser, constituye «un enlace perfecto con el inicio» de *Su único hijo*. Es cierto; y acaso fue esto lo que le dio la idea al escritor, repasando lo que tenía